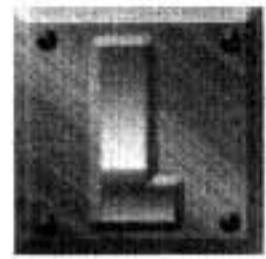


Una mujer de mi sangre

Abuela feliz



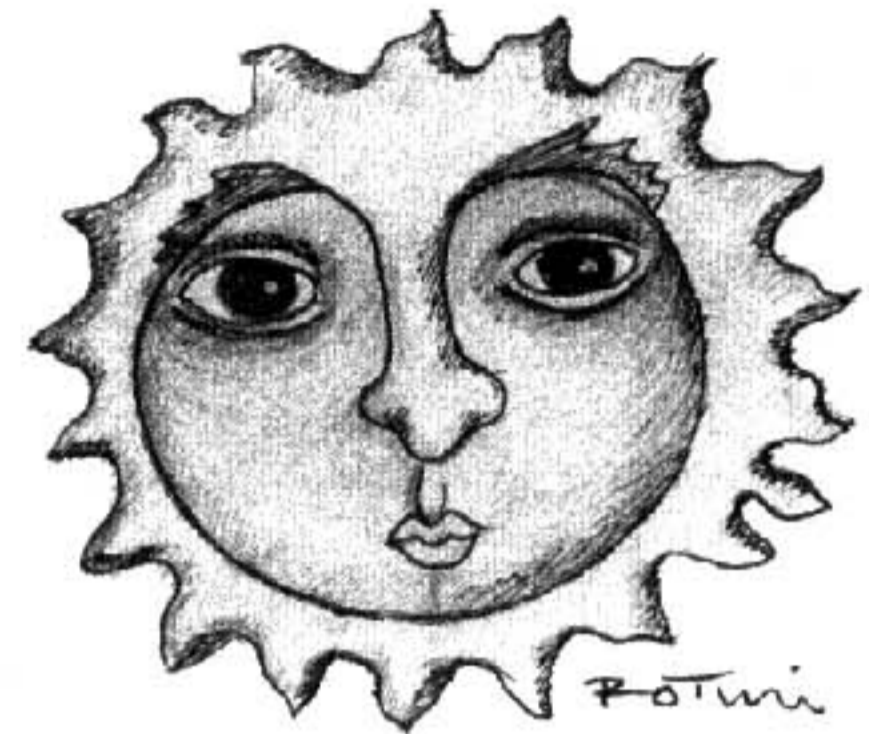
La vida de las mujeres pocas veces ha sido color de rosa como en las novelas. Mi abuela nació en el centro de la República a principios del siglo XX, nunca aprendió a leer y escribir. Compartió su vida con tres hombres: su esposo, mi abuelo, quien murió de forma violenta cuando mi madre tenía sólo 4 años de edad; otro, cuando viuda la embarazó y abandonó, motivo por el cual emigró de su pueblo, y el tercero un desobligado con quien procreó cuatro hijos más. Mi abuela con su modesto trabajo sacó adelante a su familia. Ella fue una mujer que aún en los últimos años de su vida tenía una energía y alegría especial. Conocí su historia poco antes de su muerte en voz de la hermana mayor de mi madre. Trabajó toda su vida, la tarea fue dura, difícil y dolorosa en ciertos momentos como la de casi todas las mujeres de su época. Más aún de las menos favorecidas económicamente.

Mi madre, huérfana de padre, apenas cursó los primeros años de la escuela, su hermana mayor nunca aprendió a leer y escribir. Mi madre a los 10 años de edad siendo aún una niña entró a trabajar en una casa rica del pueblo. Cuenta ella cómo planchaba la ropa impregnada de

almidón con planchas de carbón y limpiaba los pisos de madera de rodillas y a mano. A los 16 años conoció a mi padre y se enamoró de él, en menos de un año nació yo la mayor de cinco hermanos y dos hermanas que por su edad pueden ser mis hijas. La vida de mi madre también ha estado llena de trabajo así como de violencia física y psicológica ejercida por mi padre hasta el día en que me enfrenté a él a la edad de 18 años. De niña y adolescente, pedía a Dios me permitiera ser cinco minutos varón para darle una reatiza a mi padre y a mis hermanos por no defenderla.

Yo, tuve la oportunidad de estudiar, soy profesionista, me casé a los 30 años con un hombre que me trató con cariño y ternura como nadie antes lo había hecho. Siempre he pensado que de no haberlo conocido, nunca me hubiera casado ya que siempre pensé que cuando un hombre quería a una mujer la golpea y humilla y me decía a mí misma ¡Mejor que no me quieran! Cuando nacieron mis dos hijos pedí a Dios que no fueran mujeres porque no quería que vivieran lo que mi abuela, mi madre y yo.

Crecí y me formé entre hombres, primero con mis hermanos, después con mis compañeros de estudios y trabajos; por último con mi familia, tengo dos hijos hombres que de niños decían que no era mujer, que era su mamá. Mi vida ha estado inmersa en el mundo de los hombres, no ha sido nada fácil sobrevivir en él e incluso algunas mujeres me han señalado que pienso y actúo como hombre, porque soy muy



racional y poco emocional, a lo cual una vez respondí: ¡Sí, pero siento como mujer!

Pronto voy a ser abuela y tengo una gran alegría. Es mi primera nieta y es mujer. En el siglo XXI la vida de las mujeres es diferente porque muchas mujeres antes han luchado para que haya acceso a la plena igualdad y equidad entre mujeres y hombres en este país y en todo el mundo.

Hoy tengo la oportunidad de ver crecer a una mujer de mi sangre, a quien además del amor y cariño que ya le tengo, estaré cerca de ella para que su vida no sea como la de mi abuela, o mi madre ni tampoco como la mía con una niñez llena de miedo de que algún día mi padre me golpeará, lo cual no sucedió. De rabia y coraje contra mi padre y los hombres por lo que él le hacía a mi madre y de tristeza y soledad porque no hablaba con nadie de lo que sucedía, sólo me quedaba llorar en silencio en las noches cuando nadie me veía o escuchaba. No soy ni he sido una mujer sumisa y abnegada como mi abuela y mi madre pero de ellas heredaré su carácter y tesón para seguir adelante siempre. He sido desconfiada, rebelde e irreverente, soy así porque me tocó vivir en un mundo "de y para" los hombres, ya no debe de ser así. Bienvenidas y felicidades a las mujeres del siglo XXI.

